

En nuestro mundo crepuscular, esta fatalidad del orden produce monstruos. Direis: ¿y por qué? Hélo aquí.

¿No hay otra explicacion? ¿No tiene la pregunta otra respuesta? Pero entonces, ¿por qué no otro orden? La cuestion renace.

Vivamos, sea lo que quiera.

Pero procuremos que la muerte sea para nosotros progreso. Aspiremos á mundos menos tenebrosos.

Sigamos á la conciencia que á ellos nos guia.

Y no lo olvidemos jamás, lo bueno no se encuentra sino por medio de lo mejor.

### III.

#### OTRA FORMA DE COMBATE EN EL ABISMO.

Tal era el ser al cual hacia algunos instantes que Gilliatt pertenecia. Aquel monstruo era el habitante de aquella gruta. Era el espantoso genio del lugar, especie de sombrío demonio del agua. Todas aquellas magnificencias tenian por centro el horror. Un mes antes, el dia en que Gilliatt penetró en la gruta por primera vez, lo enorme tenia un contorno entrevisto por él en los pliegues del agua secreta, y el contorno era el pulpo. El pulpo estaba allí en su casa. Cuando Gilliatt, entrando por segunda vez en la cueva persiguiendo al cangrejo, habia percibido la grieta donde creia que se habia refugiado el crustáceo, en la grieta

ta se hallaba el pulpo en acecho. ¿Hay quien no se haya hecho cargo de lo que es un acecho? Un pájaro no se atrevería á empollar, un pollo no se atrevería á salir del huevo, una flor no se atrevería á abrirse, un pecho no se atrevería á criar, un corazon no se atrevería á amar, un espíritu no se atrevería á tender su vuelo, si pensase en las paciencias siniestras emboscadas en el abismo. Gilliatt habia metido su brazo en el agujero, y el pulpo le habia atrapado. Le tenia sujeto. Gilliatt era la mosca de aquella araña.

Estaba metido en el agua hasta la cintura, con los pies crispados en la redondez de guijarros resbaladizos, con el brazo derecho apretado y amarrado por las enroscaduras de las correas del pulpo, y con la espalda desapareciendo casi bajo los repliegues y cruzamientos de aquel vendaje horrible. De los ocho brazos del pulpo, tres estaban adheridos á la roca y cinco á Gilliatt. De esta manera el monstruo, aferrado por un lado al granito y por el otro al hombre, tenia á Gilliatt encadenado en la roca. Gilliatt tenia sobre sí doscientos cincuenta pulpos. ¡Complicacion de angustia y de tedio! ¡Estar encerrado en un puño desmedido cuyos dedos elásticos, de cerca de un metro de longitud, están interiormente llenos de pústulas vivientes que escarban la carne! Lo hemos dicho, no hay medio de arrancarse del poder del pulpo, el cual liga con tanta mas violencia cuanto mayores son los esfuerzos que se hacen para librarse de él. Aprieta cada vez mas. Su esfuerzo crece á proporcion del de su presa. Mas sacudimiento produce mas contriccion. Gilliatt no tenia mas que un recurso, su navaja.

No tenia libre mas que la mano izquierda, pero ya sabemos que se servia de ella poderosamente. De él se hubiera podido decir que tenia dos manos derechas.

En la mano izquierda tenia abierta su navaja.

No se cortan las antenas del pulpo; están formadas de un tejido inextricable que resbala bajo la hoja, y además están de tal manera hincadas en la carne del hombre, que es imposible cortarlas sin que se lastime la parte á que se adhieren. El pulpo es formidable, y sin embargo hay una manera de vencerle muy conocida de los pescadores de Serk. No lo ignora nadie que los haya visto ejecutar en el mar ciertos movimientos rápidos. Las marsoplas están tambien en el secreto del procedimiento, pues tienen un modo de morder á los pulpos y á todos los individuos de su especie que les corta la cabeza. De ahí proceden todos esos calamares, gibias y pulpos que se encuentran en alta mar decapitados. El pulpo no tiene en efecto mas parte vulnerable que la cabeza. Gilliatt no lo ignoraba. No habia visto jamás un pulpo de tan grandes dimensiones, y asi es que de pronto le sorprendió el encuentro. Otro se hubiera turbado. Para acabar con el pulpo como para acabar con el toro hay un momento de que es preciso aprovecharse. Este momento es aquel en que el toro humilla la cerviz y el pulpo adelanta la cabeza. Es un instante rápido. El que lo desperdicia está perdido. Cuanto acabamos de decir no habia durado mas que algunos minutos. Gilliatt sin embargo sentia aumentarse la absorcion de las doscientas cincuenta ventosas. El pulpo es traidor. Lo primero que procura es atontar su presa. Lo

primero que hace es agarrar, y luego aguarda cuanto puede.

Gilliatt tenia su navaja. Las succiones aumentaban.

Miraba al pulpo que le miraba á él. De repente el animal destacó de la roca su sesta antena, y dirigiéndola hácia Gilliatt, procuró cogerle el brazo izquierdo.

Al mismo tiempo adelantó rápidamente la cabeza. Un momento mas, y su boca-ano se aplicaba al pecho de Gilliatt. Gilliatt, sangrado en un costado, y con los dos brazos agarrados era hombre muerto. Pero Gilliatt vigilaba. Acechado acechaba. Evitó la antena, y en el momento de ir el animal á morder su pecho, su mano armada cayó sobre el monstruo. Hubo dos convulsiones en sentido inverso, la del pulpo y la de Gilliatt. Fue la lucha de dos relámpagos.

Gilliatt hundió la punta de su cuchillo en la viscosidad viviente, y con un movimiento giratorio semejante á la torsion de un latigazo, describiendo un círculo alrededor de los dos ojos, arrancó la cabeza como se arranca un diente. Quedó todo concluido. El animal cayó. Pareció un vendaje que se desprende. Destruida la bomba aspirante, se deshizo el vacío. Las cuatrocientas ventosas soltaron á la vez la roca y el hombre. Aquel pingajo se fué al fondo del agua. Gilliatt, jadeando aun por la fatiga del combate, pudo percibir sobre los guijarros dos montones gelatinosos informes, la cabeza á un lado, y al otro lo demás. Decimos lo demás, porque no se puede decir el cuerpo. No obstante, Gilliatt, temiendo alguna reincidencia convulsiva de la agonía, se puso fuera del alcance de los tentáculos. Pero el monstruo estaba bien muerto. Gilliatt cerró su navaja.

## IV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

NADA SE OCULTA Y NADA SE PIERDE.

Era ya tiempo de que matase al pulpo. Gilliatt estaba casi ahogado; su brazo derecho y su espalda se presentaban amoratados; en ellos se esbozaban mas de doscientos tumores, y de algunos brotaba sangre. El remedio para curar tantas lesiones era el agua salada. Gilliatt se sumergió en ella. Al mismo tiempo se restregaba con la palma de la mano, bajo cuyas fricciones las abolladuras desaparecian.

Retrocediendo y hundiéndose mas en el agua, se halló, sin apercibirse de ello, cerca de la especie de tumba, ya notada por él, que habia junto á la grieta de que habia salido el formidable pulpo.

La tumba se prolongaba oblicuamente, y quedaba en seco, bajo las grandes paredes de la cueva. Los guijarros que se habian allí acumulado habian levantado el fondo encima del nivel de las mareas ordinarias. Aquella escabrosidad era un arco de bóveda rebajado de medio punto, por el cual podia entrar un hombre agachándose. La claridad verde de la gruta submarina penetraba en la especie de tumba, y la alumbraba débilmente.

Sucedió que, mientras friccionaba apresuradamente su entumecido cutis, Gilliatt levantó maquinalmente la cabeza.

Su mirada se abismó en la tumba.

Sintió Gilliatt un estremecimiento.

Le pareció ver en la sombra, en el fondo de aquel agujero, una especie de cara que reía.

Gilliatt ignoraba la palabra alucinamiento, pero conocia el hecho. Los misteriosos encuentros con lo inverosímil, que para salir del paso llamamos alucinamientos, están en la naturaleza. Ilusiones ó realidades, pasan visiones que el que allí se encuentra las percibe. Gilliatt, como hemos dicho, era un soñador. Tenia la grandeza de hallarse alguna vez alucinado como un creyente fanático. No se puede ser impunemente el soñador de los lugares solitarios. Creyó, hombre nocturno como era, en uno de aquellos espejismos de que mas de una vez habia experimentado el asombro.

La escabrosidad figuraba con bastante exactitud un horno de cal. Era una especie de nicho bajo de forma de asa de cesto, cuyos arcos aviajados iban estrechándose

hasta la estremidad de la cripta donde el piso de guijarros y la bóveda de roca se juntaban, terminando en un callejon sin salida.

Entró allí, é inclinando la frente, se dirigió hácia el objeto que habia en el fondo.

Algo en efecto reía.

Era una cabeza de muerto.

Y habia mas que la cabeza, habia el esqueleto.

Un esqueleto humano estaba echado en aquella tumba.

Gilliatt echó alrededor una mirada.

Estaba cercado de innumerables cangrejos.

Ninguno de ellos se movia, y ofrecian el aspecto que ofreceria un hormiguero muerto. Estaban todos inertes. Estaban todos vacíos.

Sus grupos, sembrados sin concierto, formaban en el pavimento de guijarros de la cueva constelaciones diformes.

Gilliatt, con la mirada fija en otra parte, habia andado por encima de ellos sin notarlos.

En el extremo de la cripta á que Gilliatt habia llegado, la muchedumbre de cangrejos era mas considerable. Aquello era un erizamiento inmóvil de antenas, patas y mandíbulas. Tenazas abiertas se sostenian rectas y no se cerraban nunca. Las cajas óseas no se movian bajo su corteza de espinas; algunas, vueltas al revés, ostentaban su hueco lívido. Aquel baturrillo parecia un tropel de sitiadores y ofrecia el aspecto de una maleza.

Debajo de aquel monton se hallaba el esqueleto.

Se percibían, en medio del revoltijo de tentáculos y conchas, el cráneo con sus estrías, las vértebras, los fémures, las tibias, los largos dedos nudosos con sus correspondientes uñas. La caja del pecho estaba llena de cangrejos. Allí había latido un corazón cualquiera. Musgos marinos tapizaban las cuevas de los ojos. Las lapas habían dejado su baba en las fosas nasales. Por lo demás, no había en aquel rincón de roca ni fucos, ni yerbas, ni un soplo de aire. Ningún movimiento. Los dientes parecían reírse.

Y lo que más inquietaba de esta risa era la imitación que de ella hacía la calavera.

Aquel maravilloso palacio del abismo, recamado é incrustado de todas las pedrerías del mar, se revelaba por fin y divulgaba su secreto. Era una guarida habitada por un pulpo; era una tumba en que yacía un hombre.

La inmovilidad espectral del esqueleto y de los animaluchos oscilaba vagamente, á causa de la reverberación de las aguas subterráneas que temblaban bajo aquella petrificación. Los cangrejos, inmunda turba, acababan al parecer de saciar su apetito. Parecía que aquellas cáscaras y conchas se comían aquella osamenta. Nada tan extraño como aquellos gusanos muertos sobre aquella presa muerta. ¡Sombrias continuaciones de la muerte!

Gilliatt se hallaba en el comedor del pulpo.

¡Vision lúgubre, en que se dejaba coger en fragante el horror profundo de las cosas! Los cangrejos se habían comido el hombre, y el pulpo se había comido los cangrejos.

No había junto al cadáver ningún resto de vestido. Sin

duda el hombre á que pertenecía había sido cogido desnudo.

Gilliatt, atento y escudriñador, empezó á quitar los cangrejos de encima del hombre. ¿Quién era aquel hombre? El cadáver estaba admirablemente disecado. Hubiérase dicho que era una preparación anatómica; la carne toda estaba eliminada, no quedaba ni un músculo, ni faltaba un solo hueso. Si Gilliatt hubiese sido del oficio, habría podido convencerse. Los periostios descubiertos eran blancos, limpios y como bruñidos. Sin algunas manchas verdes de confervas diseminadas por distintos puntos, hubiera el esqueleto sido de marfil. Los tabiques cartilagosos estaban delicadamente adelgazados y conservados. La tumba forma joyerías siniestras.

El cadáver estaba como enterrado debajo de los cangrejos muertos.

Gilliatt le desenterraba.

Se inclinó de repente.

Acababa de distinguir alrededor de la columna vertebral una especie de cinto.

Era un cinturón de cuero que había evidentemente estado sujeto con hebilla encima del vientre del hombre antes que muriese.

El cuero estaba enmohecido. La hebilla estaba cubierta de orín.

Gilliatt tiró del cinturón. Las vértebras resistieron, y tuvo que romperlo para sacarlo. Estaba intacto. Empezaba á formarse en él una corteza de mariscos.

Lo palpó, y percibió en el interior un objeto duro y de forma cuadrada. No había que pensar en deshacer la hebilla. Cortó el cuero con su navaja.

El cinturón contenía una cajita de hierro y algunas monedas de oro. Gilliatt contó hasta 20 guineas.

La cajita de hierro era una caja de tabaco de marinero, que se abría por medio de un resorte. Estaba muy enmohecida y muy cerrada. El resorte, completamente oxidado, no tenía juego.

La navaja volvió á sacar á Gilliatt de apuros. Con la punta de la hoja hizo saltar la tapa de la caja.

La caja se abrió.

No había dentro mas que papel.

Un legajito de hojas muy delgadas y bien dobladas tapizaba el fondo de la caja. Las hojas estaban húmedas, pero no deterioradas. La caja herméticamente cerrada las había preservado. Gilliatt las examinó.

Eran billetes de banco de 1,000 libras esterlinas cada uno, que formaban juntos 75,000 francos.

Gilliatt los volvió á doblar y á meter en la caja, en la cual quedó aun espacio suficiente para colocar también las 20 guineas, y la cerró lo mejor que pudo.

Empezó á examinar el cinto.

El cuero, que se conocía haber sido barnizado exteriormente, estaba sin barnizar en su interior. En este fondo tosco y amarillo había trazados algunos caracteres con tinta negra indeleble. Gilliatt descifró las letras y leyó: *Sieur Clubin.*